



CAROLA VERCAIGNÉ



IMPERIA IV
INVENCIBLES
PARTE I

CAOS



1.1. Reino de Liras

Apenas habían pasado cinco minutos desde que lo vio caer y la tierra retumbó sacudiéndose como un terremoto. Corría a todo lo que sus piernas daban, con el estómago en la garganta y una presión palpitante en la cabeza.

—Allí habitan los Monstruos más horrendos que podáis imaginaros. Y esos Monstruos tienen uno todavía mayor; un esbirro de la muerte capaz de devorar de una sola dentellada a más de veinte hombres. Una bestia tan temible que además de ser ponzoñosa al tacto, exhala fuego abrasador y corrosivo en vez de aire. Con un leve roce de su aliento la piel se desprenderá de vuestros huesos, consumiendo la carne como si fuera la cera de una vela.

Un escalofrío lo sacudió con fuerza y las escamas de su chaleco tintinearón con el espasmo. Rememorar el discurso de su padre, aunque solo fuera por partes, provocaba un efecto devastador en su sistema. Tanto o más que el apremiante miedo a que el Dragón volviera a elevarse por encima del muro y pudiera hacer realidad el funesto pronóstico que no vencerlo conllevaría a todos los hombres que habían puesto su vida al servicio del Reino de Liras.

«Pero ha caído. El Dragón ha caído y no se levantará», se dijo Marcelo tragándose las dudas.

Frenó su carrera y alzó la vista hacia el colosal edificio, ya le faltaba poco para llegar. A su alrededor todo eran caras de espanto y manos apuntando hacia la columna de humo negro que quedaba a su espalda y marcaba el lugar exacto donde el Dragón y el aerorrotor habían caído. Por mucho que esos hombres estuvieran concienciados de que iban a enfrentarse a unas bestias abominables, nadie los había preparado para lo que acababan de presenciar. Marcelo no podía reprocharles que hubiesen perdido la compostura con tanta facilidad.

De un salto alcanzó el tercer escalón y de dos en dos fue ascendiendo hasta sobrepasar la puerta abierta que daba paso a la sala principal de la fortificación del Magistral. Para ser una construcción ambulante a la edificación no le faltaba ninguna de las comodidades de las que disfrutaban en su palacio de la ciudad. Su padre tenía muy claro qué era lo que quería y cómo lo quería.

—¿Dónde está? —preguntó con voz asfijada al primer criado con el que se topó.

—En la parte alta, mi señor.

No se molestó en tomar el ascensor que para el Magistral era imprescindible, él era joven y estaba en forma, pero además no se veía capaz de aguantar todo el trayecto quieto. La impaciencia le devoraba por dentro. Sin concederse un mínimo de tregua subió las escaleras que ascendían en espiral, aguantando un ritmo elevado. Nada más llegar al tercer piso empezó a intuir las voces de

excitación sobrepasando el estruendo que emitían sus propios latidos y que venían de lo alto de la torre.

«¿Cuánta gente hay?», se preguntó extrañado ante semejante revuelo.

—¡Por la victoria! —escuchó que exclamaba al otro lado de la puerta, una voz masculina que le era familiar.

No llamó, de un empujón abrió y los cuatro hombres, entre ellos su padre, ocuparon su campo de visión.

—¡Por la victoria! —vitorearon al unísono los acompañantes del Magistral, exultantes de alegría.

La sorpresa provocó que la boca de Marcelo se desenrajara de su lugar. Era incapaz de creerse lo que veían sus ojos. ¿Cómo podían estar de celebración? ¿Qué era lo que se había perdido? Ni mucho menos era aquella la escena que esperaba encontrarse en la situación que acontecía.

—¡Marcelo! —dijo su padre después de casi ahogarse al tragar, como si fuera él el sorprendido y no al contrario. Se llevó la mano al pecho y golpeó varias veces con el puño a la vez que tosía. Luego sonrió con entusiasmo—. Ven querido. ¡Únete a nosotros!

Logrando a duras penas recobrar el control de su cuerpo, Marcelo se movió obediente, acortando el espacio que lo separaba de su padre hasta que su gigantesca mano repleta de anillos impactó sobre su espalda.

—¿Lo has visto? —le preguntó feliz, zarandeándolo con brío.

—Padre, el Dragón... —intentó tragar saliva, pero le fue imposible, su estómago seguía atascado en mitad de su garganta.

No comprendía nada de lo que estaba sucediendo. Llevaban unas horas asentándose en ese lugar plagado de peligros: afianzando los tensores, montando las tiendas y organizando el campamento, tal y como marcaban los planos que habían preparado con antelación antes de emprender tan largo y tortuoso viaje y, de pronto, sin previo aviso...

Recorrió con la vista la pequeña sala tratando de centrarse y ser capaz de racionalizar lo que había sucedido. La persecución a toda velocidad, las voces espantadas de los soldados, la respiración entrecortada, el miedo, la adrenalina disparada. Los tres aerorrotos yendo tras el Dragón, haciendo parábolas y maniobras de infarto. Y entonces, en un visto y no visto ocurrió lo más inesperado de todo, el impacto de una de las máquinas contra la bestia. Un encontronazo brutal que se repitió al instante por otro de los aerorrotos y terminó de manera drástica y contundente con la frenética carrera. La caída había sido un amasijo de carne y metal, girando sin control y dibujando espirales de fuego. El culmen fue un retumbe ensordecedor que antecedió a la sacudida que hizo temblar la tierra.

Otra palmada en su espalda le devolvió al presente.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —le preguntó Paoleo agarrándole de la nuca. Marcelo negó con un movimiento seco. Claro que no se lo esperaba. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo iba a imaginarse que algo así pudiera pasar nada más llegar?

—¡Ha sido un golpe maestro! —expuso con socarronería el mandatario de la comarca de la Torre, sonriendo con entusiasmo y aprovechando la ovación para dar un buen trago de su copa.

Filius de la Torre era un hombre alto de prominente barriga, semejante a la de una embarazada a punto de dar a luz. Tenía una larga barba entrecana, y un bigote decorado con anillos que contrastaban con su reluciente calvicie. Incapaz de encontrar su voz, Marcelo se limitó a pasear la vista sobre los otros hombres con los que su padre celebraba tan inesperado y asombroso acontecimiento: Benicio Comoso, señor de las islas de Alate. Bajito y rechoncho, pero astuto cual

comadreja hambrienta. Todos en el Reino de Liras tenían constancia de la masacre que cometió para usurpar el poder a su anterior dirigente. Así y todo, pese a sus malas artes era un aliado muypreciado. El gran volumen de ejército que había incorporado a la apoteósica empresa era un punto a su favor para no tener en cuenta su turbulento pasado. Además del Magistral y estos dos jerarcas, también los acompañaba Leandro Quintillas, el más joven de los mandatarios del reino. Solo contaba con un año más de los que tenía Marcelo, pero en su mirada se atisbaba una determinación sabia que le hacía aparentar más edad. Leandro había heredado su puesto tras la trágica y misteriosa muerte de su padre, al que encontraron trozo a trozo, esparcido a lo largo y ancho de Cartaria, la ciudad que gobernaba. Las malas lenguas decían que había sido su propio hijo el que había mandado descuartizar a su padre, pero lo cierto era que al fallecido nunca le habían faltado enemigos. De hecho, todos los mandatarios que componían el Reino de Liras, incluido el Magistral, tenían una larga lista de discrepantes. Uno no llegaba al poder plantando árboles, más bien cortándolos.

De las ocho comunidades que conformaban el grandioso Reino de Liras, ninguna se había negado a participar en el honroso cometido de librar el mundo del mal. Sin embargo, de los ocho mandatarios que habían hecho con ellos el largo y dificultoso viaje, ya fuera por voluntad propia o por miedo a futuras represalias, Marcelo tenía en cuenta que no podía ser casualidad que justamente los tres que tenían la gracia y el cariño del Magistral estuvieran allí acompañándolo.

«¿Acaso esto ya estaba preparado? ¿Sabían de antemano lo que iba a ocurrir?», se preguntó observando con ojo crítico cuanto le rodeaba.

Allí, en medio de todos esos hombres que bebían de sus copas con aire festivo, Marcelo se sentía fuera de lugar. ¿Por qué él no sabía nada? ¿Por qué su padre no le había informado? ¿Era esta la sorpresa que el Magistral había anunciado que les daría? No quería pensar demasiado en ello, no quería, pero tenía que reconocer que de la estupefacción por lo sucedido estaba pasando, a toda velocidad y sin tropiezos, a la amarga desilusión. Su padre seguía sin confiar en él y esto evidenciaba lo que ya se temía desde hacía tiempo. Acababa de colarse en una fiesta a la que no estaba invitado.

Apretó los dientes y tensó la mandíbula procurando disimular sus tribulaciones. Este no era el primer desplante que recibía por parte del Magistral y, aunque doliera, podría decirse que ya estaba acostumbrado. Al fin y al cabo, la culpa de esta susceptibilidad recelosa entre padre e hijo era de él. Completa y absolutamente. Desde la catastrófica partida de Eris y de los cuatro chicos, su vida, la de las gentes de la Ciudad del Abismo y la de la mayor parte del Reino de Liras no había vuelto a ser igual. En lo que a él le concernía muchos habían sido los secretos que le fueron desvelados. Secretos que a veces preferiría no haber conocido jamás de lo espeluznantes que eran.

—Esto no es cosa mía, querido hijo —se había excusado el Magistral al ver la cara de terror que Marcelo había puesto—. Tu abuelo y antes de él, el abuelo de tu abuelo y los Magistrales que les precedieron, ya tuvieron que hacer frente a esta lacra aberrante que infesta el mundo. Pero descuida, todos nuestros desvelos no tardarán en ser recompensados. Su fin está cerca y, de una vez por todas, quedará demostrado que la nuestra es la raza superior. Somos invencibles.

Pensar en la conversación que había mantenido con su padre mientras le iba enseñando sus trofeos, a Marcelo le revolvía las entrañas. Ni siquiera comprendía cómo había podido aguantar todo el tiempo que duró el recorrido por aquella sala de los horrores sin vomitar hasta la bilis. Por suerte, después de aquello, el sinfín de quehaceres y preparativos le habían dejado poco tiempo para reflexionar en

las atrocidades que su padre le había contado y en las que también había participado, muy gustosamente, de eso no le cabía duda. Sin embargo, Marcelo tenía que reconocer que no había estado a la altura de las circunstancias, no para lo que el Magistral esperaba de él.

«A lo mejor es que quería que aplaudiera sus torturas». No era su intención ser irónico, pero no lo podía evitar. Él y su padre no se parecían en absoluto. Eran imágenes contrapuestas tanto en su físico, como en sus personalidades y en sus formas de ser.

Paoleo era frío, calculador, manipulador y cruel. No tenía escrúpulos ni piedad por nada ni por nadie y lo había demostrado cuando decidió imponerse sobre los Eruditos, desobedecer la prohibición de traspasar las Puertas del Infierno y adentrarse en las tierras que se extendían allá donde nacía la luz. En ninguna de estas acciones la mano del Magistral había titubeado a la hora de llevar a cabo sus actos. Pero claro, matar a sangre fría a unos hombres indefensos a los que todo el reino veneraba e infringir unas cuantas leyes a Paoleo no le había supuesto ningún problema moral. Para él cada acto estaba justificado. Todo lo contrario que para Marcelo que, al verse involucrado en los planes de su padre, además de en sus horribles secretos, había sido poseído por un miedo salvaje y primitivo que se adhería a su piel igual que el alquitrán. Se sentía como si las almas de los Eruditos se estuvieran cobrando su venganza con él. Cada vez que respiraba, cada vez que daba una orden, cada vez que tomaba una decisión... el miedo estaba ahí, vigilando sus actos y recordándole lo débil que era.

«Débil. Soy débil».

¿TE ESTÁ GUSTANDO ESTA HISTORIA?

SI LA RESPUESTA ES SÍ, NO TE LO PIENSES Y LLÉVATELO A CASA.

“IMPERIA III. LA UNIÓN”
YA ESTÁ DISPONIBLE EN [AMAZON](#)
EN FORMATO DIGITAL Y FÍSICO

**SIGUE A: @CarolaVerc EN TUS REDES SOCIALES Y NO TE
PIERDAS NADA DE LO QUE ESTÁ POR LLEGAR.**

<http://carolavercaigne.com/>



**SI TE GUSTAN LOS MARCAPÁGINAS DE LOS PERSONAJES, EN [LA WEB DE CAROLA](#)
LOS TIENES PARA DESCARGAR.**

